LA DIALECTOLOGÍA

Por MANUEL ALVAR

La lingüística desde los eruditos de Alejandría (siglo II a. C.) hasta el siglo pasado ha venido siendo una preocupación de carácter filológico (como guía para la correcta interpretación de los textos) o una preocupación de índole dogmático (gramáticas basadas en un criterio de autoridad). Pero con el gran lingüista italiano Graziadio Isaia Ascoli [1] surge un nuevo interés: el del conocimiento de las hablas populares. Esto es: conocer la lengua del pueblo en sus diversidades geográficas prescindiendo del espejismo de la corrección y haciendo abstracción de los hechos retóricos. De una parte, se llegaba así al conocimiento del habla de cada día y de las hablas que no tuvieron cultivo literario, y, de otra, a la concepción del lenguaje como actividad humana y, por tanto, sometido en todo momento a una modelación activa por parte de cada hablante. Vico, Herder y Humboldt se anticiparon a las modernas concepciones del lenguaje como hecho social (Saussure) y como medio de expresión (Croce, Vossler), pero hizo falta mucho tiempo todavía para que se admitiera la identidad de la lengua hablada y de la escrita. En 1930, Karl Vossler podría decir ya: "los filólogos literarios se apoderarán de los documentos escritos y los lingüistas andarán nómadas en busca de los dialectos que se hablan por las diversas partes del mundo. Pero hemos de ver que se trata de una diferencia material, no sustancial. Filosóficamente es lo mismo; que la manifestación verbal atraviese volando el aire, fugaz y momentánea, o que esté clavada so-

[1] Sobre su obra y significación, vid. B. TERRACINI: *Guida allo studio della linguistica historica*. Roma, 1949; págs. 123-142, donde se amplían los datos que aparecieron en *Perfiles de lingüistas*. Tucumán, 1946. Vid., además, las páginas 18-23 de la traducción española del libro de IORGU IORDAN: *Filología Románica*. Madrid, 1967.

bre el más incorruptible peñasco de basalto o de granito" [2]. Pero Vossler podía decir esto después de medio siglo en que la dialectología había venido suministrando materiales a la lingüística o a la crítica textual y se había organizado en una ciencia independiente.

El reconocimiento de la dignidad de los dialectos y de su estudio se debe en parte al nacimiento de la lingüística como ciencia histórica. Vióse que en el descuido del habla viva se perdían las posibilidades de crear una historia lingüística de carácter científico por falta o desprecio de materiales; era cierto, por tanto, el pensamiento de un poeta, Nodier, cuando proponía el conocimiento de los dialectos para mejor saber la propia lengua; mucho más cierto si pensamos en la necesidad científica de disponer de grandes masas de elementos sobre los que poder montar teorías o con los que rehacer los eslabones que el tiempo ha roto en la cadena de la historia. Justamente entonces, cuando los dialectos alcanzaron paridad con las llamadas lenguas de cultura, hubo una clara inversión de términos, la dialectología se antepuso a cualquier otra manifestación lingüística y se afirmó la preeminencia del lenguaje hablado sobre toda suerte de escrituras [3]. En el principio era la palabra, y a ella volvió —andado el siglo XIX— la investigación. Pero esta vuelta al dialecto no se planteó —sólo— con un criterio escuetamente científico; alguna vez escritores pertrechados de grandes conocimientos idiomáticos trataron de resucitar el valor etimológico, es decir, verdadero (gr. *étimos* 'verdad'), de las palabras y con él se acercaron a las hablas del pueblo, a los dialectos, donde trataban de encontrar una clase de casticismo mucho más puro y más noble que el defendido por las Academias. Debo recordar, por fuerza, a Unamuno, cuya aproximación a la dialectología es suficientemente conocida [4] y de quien podría espigarse más de un texto ejemplar. Me interesa recoger uno de ellos: "el verdadero dialecto, o sea, la lengua de diálogo, de encuentro —y de contradicción—, es individual, cada uno de nosotros, cuando no es un cacho de mansedumbre, tiene su habla propia, que está creando y recreando

[2] *Metodología filológica*. Madrid, 1930; pág. 8.

[3] Vid. DAUZAT: *La filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, 1947; págs. 172-173.

[4] Vid. M. GARCÍA BLANCO: *D. Miguel de Unamuno y la Lengua Española*. Salamanca, 1952, especialmente las páginas 39 y sigs.

de continuo. Porque lo otro, el lenguaje de esos que hablan ortográficamente y que huyen de ciertas palabras corrientes como huyen de cortar el pescado con cuchillo de acero, eso ni lenguaje es. Aunque suene por bocina... No, lo que no es dialecto individual, de diálogo, ni es lenguaje siquiera" [5]. Claro que esta interpretación unamunesca de lo que él llama dialecto conduce a la estilística, "uso personal del lenguaje", según Vossler, y no se olvide todo lo croceano que era don Miguel en este sentido [6]; por otra parte, de su preocupación por lo que la lingüística entiende como dialecto leonés dan buena cuenta su correspondencia con Menéndez Pidal y su preocupación por el lenguaje salmantino. Si hablo de la estilística partiendo de una frase literaria es porque ella, la estilística, ha reconocido deber algo a la dialectología, por boca de sus más ilustres representantes: Bally ("los dialectos estudiados ahora con pasión, están renovando la lingüística", *El lenguaje y la vida,* pág. 44) y Vossler (vid. nota 2). Pero esto nos lleva de la mano a considerar en qué medida se han beneficiado de la dialectología las otras ramas de la lingüística.

En primer lugar, no debe olvidarse un hecho básico: lo que llamamos lenguas literarias o lenguas de cultura —ninguna de las dos designaciones es de gran exactitud— no son en su origen otra cosa que modestos dialectos. Así el toscano, así el franciano, así el castellano. Para el hispano-hablante no lingüista, es un poco difícil comprender que esta lengua cuya voz no se atenúa "por mucho que ambos mundos llene", esta lengua que "flota como el arca de cien pueblos contrarios y distantes" y que "abarca legión de razas" [7], fue en su origen un dialecto de gentes ariscas que estaban constreñidas en una pequeña comarca, según los archisabidos versos del Poema de Fernán González:

[5] "Cartas al amigo", en *Ahora*. Madrid, 7-VI-1934, cit. por GARCÍA BLANCO, página 57 del discurso citado en la nota anterior.

[6] Como es sabido, puso un apasionado prólogo (fechado en 1911) a la traducción que J. Sánchez Rojas hizo de *La Estética*. Para las relaciones de Unamuno y Croce, vid. la nota de M. Alvar en las páginas 202-203 de la edición española de la obra de Iorgu Iordan: *Filología Románica*. Madrid, 1967.

[7] Todas estas referencias proceden de *La sangre del espíritu*. Soneto LXVII del *Rosario*, de Unamuno.

"Entonçe era Castiella vn pequenno rryncon,
era de castellanos Montes d'Oca mojon,
e de la otra parte Fitero al fondon,
moros tenian Caraço en aquella saçon" [8].

Desde esta región que iba del Pisuerga al este de Burgos y, por el sur, apenas rebasaba Salas, comenzó hace unos mil años la expansión de Castilla. Ni entonces ni en los siglos posteriores, el castellano era superior al aragonés o al leonés, los otros grandes dialectos. Toda una antigua literatura es de signo dialectal y los dialectalismos llegan hasta el poema que Castilla dedica al mayor de sus héroes, al Cid. Después las cosas cambiaron —o siguieron el curso más inesperado—, y Aragón y León fueron cediendo ante el dialecto central: sin que hoy hayan terminado su repliegue [9].

Si vemos cómo en una época antigua la lengua escrita empezó por ser un dialecto (el andaluz es un dialecto del castellano en la misma medida que éste lo es del latín), si vemos cómo los dialectos impregnaban de su evolución a un grupo importante de creaciones literarias, y si tenemos en cuenta la honda separación que hay ahora entre el bable y el pirenaico, de una parte, y la lengua española, de otra, tendremos que inferir la imposibilidad de trazar una historia de la lengua sin el conocimiento de los dialectos. Bien entendido que por distinta que haya sido la suerte del castellano y la del leonés, el estudio de las hablas vivas no dialectales —si puede existir habla viva que no sea dialectal [10]— deberá hacerse también aproximándonos al pueblo, pues hay infinidad de voces que nunca se escribieron y que escondidas en oscuros rincones aclaran grandes zonas de la historia lingüística o proyectan nueva luz sobre la vida del lenguaje, mucho más movible y activa de lo que permite ver el criterio normativo de los gramáticos.

La diferencia entre lengua literaria y dialecto es, pues, un concepto histórico o, por mejor decir, derivado de la historia. Por razones distintas (políticas, sociales, geográficas, culturales) de varios dia-

[8] Edic. A. Zamora Vicente en "Clásicos Castellanos", estrofa 170.

[9] Vid. M. ALVAR: *Hacia los conceptos de lengua, dialecto y hablas*. "Nueva Revista de Filología Hispánica", XV, 1961; págs. 51-60.

lectos surgidos al fragmentarse una lengua hay uno que se impone y que acaba por agostar el florecimiento de los otros. Mientras el primero se cultiva literariamente y es vehículo de obras de alto valor estético, hay otros que no llegan nunca a escribirse, y si lo son, quedan postergados en la modestia de su localismo. Mientras el primero sufre el cuidado y la vigilancia de una nación, los otros crecen agrestemente. Más de una vez se ha señalado la diferencia —y relación— de lengua y dialectos. De Rousselot son las palbras que siguen: "Les patois ne sont plus pour la science ce qu'on les a cru trop longtemps, des jargons informes et grossiers, fruit de l'ignorance du caprice, "des tares du français", dignes tout an plus d'un interêt de curiosité... Ils ne sont donc pas seulement indispensables pour l'étude particulière du groupe de langues auquel ils appartiennent, ils fournissent encore les donnés les plus sûres á la philologie générale; et, si je disais toute ma pensée, je réclamerais pour eux, en regard des langues cultivées, la préférence que le botaniste accorde aux plantes du champ sur les fleurs de nos jardins" [11]. Casi cincuenta años más tarde estas palabras eran recogidas por otro dialectólogo francés, Millardet, en un libro de metodología dialectal [12].

Teniendo en cuenta que las llamadas lenguas literarias y los dialectos son idénticas en su origen, se comprenderá fácilmente que desde un punto de vista histórico y en pura doctrina filosófica es tan lícito el estudio de unas como el de otros. Ahora bien, y según decía antes, la lingüística se aplicó como auxiliar en la interpretación de textos y codificó en las gramáticas el uso correcto de la lengua, según unos criterios de autoridad; pues bien, ambas manifestaciones son subsidiarias, puesto que no hacen otra cosa que colaborar con otras ramas científicas o someterse a la norma de los autores literarios. Sin embargo, la dialectología vino a crear —o al menos a con-

[10] Para estudiar este aspecto son valiosos los siguientes trabajos de GARCÍA DE DIEGO: *Dialectalismo*, "Revista de Filología Española", III, 1917, págs. 301-318; *El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos*. Ibídem, XXXIV, 1950, págs. 107-124, y *Gramática Histórica Española*, Madrid, 1951; M. ALVAR: *Castilla la gentil* (en prensa).

[11] "Revue des patois gallo-romans", II, 1887; pag. 1.

[12] *Linguistique et dialectologie romanes*, Paris, 1923; pág. 101.

solidar— una lingüística autónoma, tanto por los medios seguidos para la recolección y elaboración de materiales (metodología), como por la multiplicidad y variedad de los fines perseguidos (teleología).

He de insistir todavía: ramas de la lingüística poco desarrolladas y otras inexistentes adquirieron con el estudio de los dialectos un florecimiento exuberante. Tal ocurrió con la fonética experimental —otro término dudoso— que, en opinión de algunos autores [13], pudo constituirse gracias a la "cantidad considerable de materiales vivos" que se le ofrecían en los dialectos. Tal ocurrió con la geografía lingüística, con la estratigrafía o geología lingüística, y, marginalmente, con la etnografía, con la toponimia, etc., etc. Ante este cúmulo de hechos ya no se podrá dudar del interés de nuestros estudios y de su trascendencia científica. La lingüística ha pasado, gracias a la dialectología, desde la paleontología a la biología [14] y los dialectos son considerados hoy como el depósito más rico en el que las costumbres. las tradiciones y las creencias de un pueblo se archivan cuidadosamente [15].

Ante todo esto se comprende la veracidad de unas palabras de Gaston Paris convertidas —según dije en otra ocasión [16]— en lema de toda investigación posterior: "Il audrait que chaque commune d'une part. chaque mot de l'autre, eut la monographie purement descriptive, faite de première main et tracèe avec toute la riguer d'observation qu'exigent les sciences naturelles". Pero desde 1888 en que *Les Parlers de France* publican estas palabras, hasta hoy han pasado ochenta años y, entre nosotros al menos, el descuido ha sido manifiesto. Poco importaban confesiones de parte, tan valiosas como la de Bally, citadas anteriormente, o el florecimiento de estas cosas

---

[13] DAUZAT: *Filosofía del lenguaje*, pág. 172.

[14] H. MORF: *Die romanische Schweiz und die Mundartforschungen*. "Archiv für das Studium der neueren Spachen und Literaturen", CXIX, 1907; pág. 404.

[15] G. BERTONI, citado, como el autor de la nota anterior, en S. POP: *Buts et méthodes des enquêtes dialectales*. Paris, 1927; págs. 5-6.

[16] *Historia y metodología lingüísticas. A propósito del Atlas de Rumania*. Salamanca, 1951; pág. 7.

entre los extraños, por eso es necesario repetir incansablemente unas palabras de Dámaso Alonso, cuyo valor justifica la reiteración [17].

Todo el mundo complejo que intento enumerar en estas páginas no advino de golpe, ni apareció perfecto —como Minerva de la cabeza de Júpiter— en las primeras generaciones de lingüistas. Ni Grimm en la germanística, ni Díez en el romanismo fueron otra cosa que filólogos, ya que todos sus estudios se basaron en los textos literarios, con absoluto descuido de las palabras vivas. El cambio total habido en esta rama del saber lo produjo la aparición de los primeros estudios dialectales y con ellos unas preocupaciones de tipo filosófico: el positivismo y su interpretación del lenguaje como un hecho de las ciencias físicas (la fonética no sería otra cosa que un producto del mecanismo fisiosicológico del hombre); otras preocupaciones de tipo social (relaciones de la democracia política con la lingüística y necesidad de estudiar la lengua del pueblo, prescindiendo de pretendidas aristocracias literarias), otras preocupaciones de tipo tradicionalista (afianzamiento del sentido de nacionalidad y estudio de las patrias chicas para el mejor conocimiento de la grande), otras preocupaciones de tipo imperialista (las potencias dominadoras se inclinan al estudio de la vida de los pueblos primitivos sometidos a su gobierno), otras preocupaciones de tipo estético (que ve en el lenguaje la expresión del alma humana), etc. [18]. Puestos en marcha intereses tan variados los frutos obtenidos fueron también muy diversos. En dos obras monumentales se hace el inventario de toda la experiencia lingüística del siglo XIX: en el *Grundriss der romanische Philologie* de Gustav Gröber [19] y en la *Grammaire des langues romanes* de Wilhehn Meyer Lübke [20]. Bastaría comparar la *Gramática* de Meyer-Lübke con la de Diez (1836-1843; trad. francesa, 1874-1876) para ver en se-

[17] *Sobre la enseñanza de la filología española*. "Revista Nacional de Educación", I, 1941. Reproducidas ahora en el libro *Lengua y Enseñanza. Perspectivas*, del Centro de Documentación y Orientación Didáctica de Enseñanza Primaria. Madrid, 1960; págs. 16-17.

[18] E. AUERBACH: *Introduction aux études de philologie romane*. Frankfurt am Main, 1949; pág. 18.

[19] Segunda edición en 1904-1906.

[20] Publicada en Leipzig, 1890-1906.

guida el abismo que las separa. Y acaso nada tan decisivo como la importancia concedida a la dialectología; en esencia, ambas obras siguen un método semejante, pero con un afinamiento y una complejidad mucho mayor en la de Meyer-Lübke. La significación capital de este monumento de la lingüística está en ser como la clave de un arco: es el punto terminal y culminante de toda una etapa de la ciencia lingüística. Los métodos del comparatismo han permitido su construcción, después de ella no es posible ascender más, y habrán de intentarse nuevas empresas. En ella la dialectología colabora con el sentido tradicional de la ciencia del lenguaje; luego se independiza, crea nuevos métodos y emprende una autonomía cuyos frutos estamos aún cosechando.

Esta autonomía es la que da sentido actual a los estudios dialectales. Porque, si tuviéramos en cuenta —sólo— las palabras de Vossler citadas en la nota 2, resultaría que el acopio de materiales —textos o hablas vivas—, sólo serviría en cuanto pudiera coadyuvar a cada construcción filosófica del lenguaje; en su propio caso dentro de unas manifestaciones de valor artístico [21]. Es decir, ante nosotros, tendríamos "unos medios, mayores o menores, con los que contribuir a un comparatismo no importa ahora de qué índole" [22]. Pero porque la dialectología ha renunciado a ser *ancilla* de la filosofía del lenguaje ha podido —también— tener su propedéutica propia y sus propios fines. No serán los menores haber creado la geografía lingüística, que vino a renovar —como no lo ha hecho ningún otro método— todos los estudios de la lingüística. En Francia, y cito el caso de un país románico excepcionalmente favorecido por las investigaciones de todo tipo, "un des principaux résultats de l'étude des patois, de la géographie linguistique en particulier, a été de renouveler l'histoire de la langue française" [23]. Gracias, también, a su independencia metodológica, la dialectología ha hecho que la romanística renunciara "defini-

[21] Para el alcance y limitaciones de esta concepción, vid. su *Filosofía del lenguaje* (traducción de A. Alonso y R. Lida). Buenos Aires, 1943, págs. 37-38. La identidad, a la manera croceana, de creación poética y lengua coloquial, se expone, entre otros sitios, en la *Metodología filológica*, que publicó la universidad de Madrid (1930, pág. 100).

[22] M. ALVAR: *Historia y metodología*, ya citada, pág. 9.

[23] A. DAUZAT: *Les patois*. París, 1946; pág. 8.

tivamente a los procedimientos simplistas de investigación etimológica que heredó de la gramática comparada" [24]. Uno y otro testimonio muestran cómo se ha producido el salto desde el trampolín de los datos hacia el campo de los principios teóricos, pero evolucionando sobre un medio estrictamente dialectal. Es decir, desde nuestra perspectiva actual, y con el conocimiento que los años ha desvelado, podemos replantar la vieja polémica de G. I. Ascoli y P. Meyer. Veremos entonces cómo Ascoli intuyó con toda claridad la necesidad de huir del callejón sin salida en que la lingüística se encontraba y cómo la dialectología vino a facilitar las soluciones. Al publicar en 1873 los *Schizzi franco-provenzali,* el espíritu analítico de Paul Meyer se opuso a las ideas sintéticas del lingüista italiano: la crítica degeneró en una violenta discusión [25], motivada por la distinta postura teórica de los dos maestros [26]. Para resolver los problemas de la lingüística del siglo XIX (leyes fonéticas, existencia de los dialectos, etc.) no bastaba la perspectiva histórica, sino que era imprescindible conocer todo un inmenso material lingüístico conservado virginalmente, pero con plena vitalidad; había que orientarse hacia el punto final de todas esas evoluciones, tal y como se atestiguan hoy y se manifiestan en las palpitaciones de las hablas vivas [27]. Por eso Sever Pop, al presentar una obra de conjunto sobre los estudios dialectales pudo escribir: "Si l'étude des dialectes reste l'un des premiers devoirs de la linguistique contemporaine, leur enrigistrement comporte d'énormes difficultés, lorsque le dialectologue ne se contente pas de faite un simple travail de

[24] Vid. K. JABERG: *A propos de J. Gilliéron. Genealogie des mots qui designent l'abeille d'après l'Atlas linguistique de la France.* París, 1918, apud "Romania", XLVI, 1920; pág. 121.

[25] Ascoli fue un infatigable polemista, unas veces, en tono amistoso; otras, virulento. Demetrio Gazdaru ha publicado un libro (*Controversias y documentos lingüísticos.* Universidad Nacional de La Plata, 1967), a cuyas páginas asoma una y otra vez el gran lingüista italiano: intervención en el problema de las leyes fonéticas, enfrentamiento a M. A. Canini, injustos ataques a Th. Gartner.

[26] Como es sabido, P. Meyer negaba la existencia de los dialectos, cfr. S. POP: *La Dialectologie.* Lovaina, 1950, tomo I, pág. 45. Sobre la polémica a que hago referencia, vid. las págs. 176-177 de la obra.

[27] Cfr. A. KUHN: *Sechzig Jahre Sprachgeographie in der Romania* ("Romanistisches Jahrbuch", I, 1947-1948, pág. 26).

lexicographe, mais veut donner des détails sur la bioloquie du langage, c'est-à-dire sur la marche de l'esprit sous les mots qui sont en quelque sort son vêtement" [28].

Esta penetración de la dialectología dentro de la biología lingüística se manifiesta en la ayuda que ha prestado para conocer el funcionamiento de las estructuras (hechos sincrónicos) y en el carácter sustancialmente sociológico que ha descubierto en los usos de la lengua. Si nos acercamos a estas dos cuestiones podremos verlas a la luz de hechos totalmente distintos. Witold Doroszewski [29], al analizar la estructura lingüística en relación con los problemas dialectales, parte de la doctrina de Saussure, según la cual todos los elementos de la lengua son estrechamente solidarios dentro del sistema al que pertenecen. Por tanto, al considerar un dialecto nos situamos ante una doble perspectiva: la de *estructura* o *sistema*, y la de *diferenciación*. La primera es una noción que implica estatismo, mientras que la última, dinamismo. La discusión de esta dualidad, sus causas y la fundamentación histórica del estructuralismo quedan al margen del objeto de estas páginas; sin embargo, es necesario que nos fijemos en un hecho que nos va a ser especialmente útil: en el *Curso* de Saussure hay dos principios (el de la *langue* como sistema de signos y el de "la caractère differential des signes") que tienen aplicación inmediata en el de las "alternances de phonemas": "para que un elemento pueda ser considerado como rasgo distintivo de una forma, es necesario que sea intercambiable, ya que el elemento común a varias formas no puede constituir el rasgo distintivo de ninguna de ellas". Ahora bien, para comprender la relación entre dos formas (hecho básico en los estudios dialectales) hay que recurrir a los conceptos saussureanos de diacronía y de sincronía en los que implícitos figuran los de *estado anterior* ('oposición de dos unidades diferenciales que se condicionan recíprocamente') y *estado ulterior* ('cooposición de unidades nuevas que vienen a sustituir a las antiguas'). Pero estos hechos se producen gracias al sujeto hablante y sólo se podrán inter-

---

[28] *La Dialectologia*, ya citada, pág. XI.

[29] *Le structuralisme linguistique et les études de géographie dialectale*, en "Reports for the Eight International Congress of Linguistics". Oslo, 1957; páginas 229-252.

pretar con exactitud si, como diría Gauchat, intentamos descubrir la participación del individuo en la evolución de la lengua.

Fue, precisamente en los trabajos de dialectología, donde se vio la necesidad de estudiar los materiales lingüísticos desde un punto de vista sicológico. En el *Atlas de Italia y Suiza Meridional (AIS)* se buscaron las diferencias dentro de hablantes de una misma localidad, del mismo modo que mucho antes lo había hecho Rousselot: estudiando el habla de Cellefrouin [30], el fundador de la fonética experimental observó las variaciones fonéticas que de generación en generación se producían en el seno de su propia familia; estas fluctuaciones fonéticas, compulsadas con otras encuestas con gentes del mismo pueblo y de los alrededores, vinieron a ser el primer aldabonazo que vino a negar la pretendida unidad de los dialectos [31]. Muy poco después, Louis Gauchat planteaba idéntico problema a propósito del habla de Charmey y veía cómo la edad establecía diferencias lingüísticas, como las mujeres tenían una conciencia lingüística más clara que los hombres y eran más propicias a la innovación lingüística [32]. No hace muchos años se reunieron valiosos informes sobre el habla de las mujeres [33], y, en España mismo, se intentaron trabajos de este tipo [34]. Ampliando estas preocupaciones sociológicas a los distintos ni-

[30] *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans les patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)*. Paris, 1891. Para la significación del trabajo, vid. POP: *La Dialectologie*, págs. 307-315. Un estudio semejante lo hizo B. A. TERRACINI en *La varietà nel parlare di Usseglio* ("Archivio Glottologico italiano", XVIII, 1914, págs. 105 y sigs.).

[31] Vid. M. ALVAR: *Diferencias en el habla de Puebla de Don Fadrique (Granada)* ("Revista de Filología Española", XL, 1956, págs. 2-3).

[32] De 1898 a 1903 recogió los materiales que luego le sirvieron para redactar *L'unité phonétique dans le patois d'une commune. Festschrift Morf*, Halle, 1965, págs. 175-232. Cfr. POP: *Dialectologie*, páginas 187-196.

[33] *Le langage des femmes: Enquête linguistique à l'échelle mondiale. Orbis* I, 1952, págs. 10-86. Bibliografía en la página 11 del volumen. En el AIS de Jud y Jaberg abundan las indicaciones de sociología lingüística; el mismo K. Jaberg se ocupa de este hecho en sus *Aspects géographiques du langage*, páginas 21-22, donde anota las diferencias que G. Rohlfs encontró en Lucera (punto 707 del AIS) entre dos sujetos: uno masculino y otro femenino.

[34] A los trabajos que cito en los notas 31 y 33 añádase G. SALVADOR: *Fonética masculina y fonética femenina en el habla de Vertientes y Tarifa (Granada)* (*Orbis*, I, 1952, págs. 19-24).

veles que integran una sociedad [35] se llega a la descripción de los llamados "dialectos verticales", según el término que acuñó Passy [36] y tan en boga hoy aplicado a las hablas de Canarias o América [37]. De ahí una nueva perspectiva de los estudios dialectales incardinados ya en el habla urbana (*dialecto,* como diría Unamuno, por ser vehículo de diálogo): el proyecto en marcha para conocer la norma culta de las principales ciudades del mundo hispánico [38]. He aquí una nueva consecuencia de los estudios dialectales de hoy: buscando la biología lingüística (oposición del habla de hombres y mujeres, estratos sociales y sus consecuencias lingüísticas) se ha llegado a la sociología. Entonces, cualquier estudio dialectal de una lengua urbana deberá ir precedido por un estudio sociológico, como ha hecho A. Badía en Barcelona, pues de otro modo la ignorancia de los condicionantes externos, pero motivadores del hecho lingüístico, harán fracasar la empresa por un deficiente planteamiento de los principios metodológicos. Y no se olvide que esta "Dialectología urbana" tiene gloriosos y viejos antecedentes: hace setecientos años, Dante Alighieri había dejado constancia de las diferencias lingüísticas en el seno de una misma ciudad: "discrepant in loquendo... convenientes in eodem romine gentis, ut Neapolitani et Caetani, Ravennates et Faventini; el quod mirabilius est, sub eadem civitatem morantes, ut Bononienses Burgi sancti Felicis et Bononienses Strate Maioris" [39].

---

[35] Cfr. W. LABOV: *The Social Stratification of English in New York City.* Washington, 1966. Véase, también, la obra miscelánea *Sociolinguistics,* impresa bajo los cuidados de W. Bright (The Hague-París, 1966).

[36] Vid. M. ALVAR: *Geografía y sociología lingüísticas,* apud. *Estudios Canarios,* t. I, Las Palmas, 1968.

[37] J. P. RONA: *Aspectos metodológicos de la dialectología histpanoamericana.* Montevideo, 1958; D. Catalán en la "Zeitschrift f. Romanische Philologie", LXXXII, 1966, págs. 468-470; M. Alvar, en el mismo tono de la revista, páginas 544-548. Y antes que ellos, V. GARCÍA DE DIEGO: *Problemas etimológicos* (Avila, 1926, pág. 23), y *Dialectología hispánica* (segunda edición). Madrid, 1959; páginas 355-362.

[38] Vid. *El Simposio de Bloomington* (Bogotá, 1967, págs. 255-267) y *Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica* ("Español Actual", número 9, marzo de 1967, págs. 17-22).

[39] *De vulgari eloquentis,* I, IX, 4.

Pero sería parcial la idea que podríamos obtener si pensáramos que la dialectología sólo ha interesado en todos estos hechos que afectan a la lengua coloquial, por muchos valores que carguemos en la cuesta de la lengua como hecho social. Si volviéramos a las palabras de Nodier, aludidas al comenzar estas páginas [40] veríamos cuánta virtualidad tienen aplicadas a nuestra propia literatura [41]. Los caminos descritos iban a la Roma de la suprema dignidad del dialecto; cierto que entre nosotros no se logran creaciones de perenne valor estético, como la poesía de los *félibres* o la novela de Giovanni Verga o Grazia Deledda, pero ello no sólo porque los escritores dialectales de nuestra patria carecieran de altura genial, sino —y acaso sea más importante— porque la unidad del español es mucho más rigurosa y coherente que la de otras lenguas románicas [42]. Por eso, los llamamos escritores dialectales; entre nosotros no son nunca dialectales, en sentido lato, sino castellanos con dialectalismos, en sentido estricto. Y es que —tras lo hemos venido viendo— *dialectal* equivaldría a dispar. Literatura dialectal significaría diferenciación frente a la común lengua de cultura, y esto —salvo el caso aparte de Asturias—— nunca se ha cumplido entre nosotros. Mientras que literatura con dialectalismos es aportación al quehacer de todos, con tinte o sabor local. Integración y no fragmentación. Por eso —en cuanto al instrumento— no hay diferencia entre Vicente Medina y García Lorca; la hay en cuanto a genialidad personal. Sírvanos este ejemplo. Vicente Medina parte del castellano común en su manifestación coloquial y lo salpica de términos murcianos; García Lorca parte del castellano común en su manifestación escrita y lo salpica de voces granadinas, pero, en ambos casos, la aguja que guía a los dos escritores es la de lograr un determinado sabor local.

Estas consideraciones nos vienen a plantear el tema de la dig-

---

[40] "Tout homme qui n'a pas soigneusement exploré les patois de sa langue ne la sait encore qu'à demi", principio que Sever Pop considera como un "véritable axiome" (*La Dialectologie*, pág. XI).

[41] Para todo lo que sigue, vid. M. ALVAR: *Los dialectalismos en la poesía española del siglo XX* ("Revista de Filología Española", XLII, 1960, págs. 57-79).

[42] Vid. W. MEYER-LÜBKE: *El español comparado con las otras lenguas romances*. Madrid, 1922.

nidad literaria del dialecto; no desde un plano de abstracción, sino desde los resultados de la práctica. De ello han hablado los escritores que, deliberadamente, han practicado un determinado quehacer (Gabriel y Galán, Vicente Medina, José Frutos); los que tenían alcance universal no lo precisaron: su maestría elevaba y enaltecía un uso que no desdeñaron hacer. He aquí cómo una postura teórica de la ciencia del lenguaje [43] venía a lograr su cauce en la lengua de Juan Ramón [44] o en la prosa sazonada de Miró.

Pero hay más. El dialectalismo de hoy no lo fue ayer, según he dicho en páginas anteriores. El pueblo guarda antiguallas, términos de rara expresividad, voces de exactas precisiones. Muchas veces con criterio arcaico, igual que conserva una cancioncilla o un romance. Las voces que el diccionario académico da como anticuadas o regionales sólo lo son con un estrecho criterio purista y resurgen cargadas de un nuevo ímpetu en el uso "dialectal" de un poeta (Unamuno, Dámaso Alonso, Miguel Hernández). Al reaflorar el dialectalismo actualizado sobre el castellano actual, se recrea una vieja historia lingüística. Y otra vez la especulación teórica se enlaza con la práctica de los poetas: el "castellano complejo dialectal" [45]. Complejo porque —como quería Unamuno— el castellano hablado por millones de hombres es, gracias a ellos, por ellos y en ellos, ni más ni menos que un dialecto.

He aquí, pues, un largo camino seguido en la contemplación de los hechos dialectales, y la complejidad no escasa alcanzaba por estos

---

[43] "El pensamiento idiomático es, en lo esencial, pensamiento poético; la verdad idiomática es verdad artística, es belleza llena de significación. Todos nosotros, en cuanto creamos formas de lenguaje, todos somos poetas y artistas, aunque en la vida corriente los más no pasamos de artistas mínimos, mediocres, fragmentarios y faltos de originalidad. No vale la pena examinar como arte y poesía nuestro hablar cotidiano. Pero la más pequeña gota idiomática de un charlatán es, en resumidas cuentas, tan buena agua de Hipocreme como el inmenso océano de un Goethe o de un Shakespeare" (K. VOSSLER: *Filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, 1943, págs. 37-38).

[44] Vid. § 10 del trabajo citado en la nota 41.

[45] Bibliografía en la nota 10.

estudios. Unas veces en su conexión con la lengua común [46]; otras en su necesidad para mejor conocer la creación literaria; algunas para penetrar en el funcionamiento de las estructuras y descubrir los procesos de sociología lingüística.

[46] Cfr. G. ROHLFS: *Lengua y Cultura*. Madrid, 1966; págs. 68-69.